

Nº42 septiembre 2025

El sol se deshace entre mis dedos;
roza, con su nada y su todo, mi destino.
Me transita un aire manso.
Una explosión de alas,
entre la fronda, se esfuma.

Zulma Martínez



Resiliencia

Mariana Oliva

Con voz de Mujer

Los días son de los árboles (fragmento)

en el revés de las cosas
la luz
entreteje su tiempo

a mediodía inunda
el calor, salen las arañas
inspeccionan la casa

los rayos trepan
se entremezclan y lavan
las ramas del fresno

en el viento
se zambulle el polvo
todo es

la gata es un penacho crema
al lado de la ruta
con el hocico busca la altura

sus bigotes esquivos
descubren el amarillo
del so

recorro las ramas
un territorio de aire
y luz

EN ESTE NÚMERO

MARA AJZENMESSER
GRACIAS A TODOS
STEPHANY RENTERIA
ELENA BRAVO DELGADO
JOSEBEL ESTEVE
ZULMA MARTÍNEZ
ISRAEL CHIRA
DANIEL LUIS ZÚGARO
ALBERTO FERNÁNDEZ G.
EL RINCÓN D CRISTIANE
ANTONIO LEIRE
VIRGINIA GARAY
JOSÉ M. FDEZ. SANTANA
AMELIA APOLINARIO
DANIEL MOLINA RUFFINI
MARCOS AIMAR
PÁGINA 30
DANIEL
HECTOR GARCÍA

me hamaco
soplo las pelusas
y lo que no veo del todo

en el mecerse
se acomodan las avenidas
y el empedrado que un día
me llevará a mi casa

la luz delimita
lo que acaricia

en los agujeros
que dejan las garzas
gritan
las nubes negras

más allá del tejido del balcón
hay un enrejado arbóreo

entre el quejido
de los caños de escape
escalo sin nada, me cuelo
por el tiempo de las ramas

muy quieta, espero
seguir en contacto

el espectáculo de grises
me convoca: son pichones
que pasan boquiabiertos

dos aves negras
(siempre las mismas)
planean en el aire tibio

desconcertante

su hocico triunfal
lleva el trofeo
hasta la higuera gris:

por el sendero del ginkgo
marrón ingresa Shiva

los rayos
empujan el verde
Shiva pelea en silencio
con todas las hojas del ginko
muertas



**Mara
Ajzenmesser**

Editorial Gracias a todos

Aunque suene a despedida el titular de este escrito ni mucho menos se trata de ello, aunque a veces tenga uno ganas de tirarlo todo por la borda. Pero lejos de ello lo que hago es congratularme por el éxito de la nueva convocatoria de Revista Caminante en la que han participado 150 personas, demostrando el empuje de la cultura popular. Dicho sea gracias a todos por vuestra participación y confianza.

La mayor parte de los que participan verán la luz en la revista lo cual quiere decir que en líneas generales sabemos escribir y lo hacemos muy bien. Otra cosa es si sabemos leer o lo único que nos importa de la revista es ver nuestro texto publicado y no hay más cuento que ese. Me temo que para muchos es así y no puedo hacer nada para remediarlo.

Me gustaría tener una sección fija de cartas al director donde los lectores opinaran sobre el contenido de la revista, no sobre su maquetación que no es para todos los gustos como ya me habéis hecho saber. Sois unos pocos los que de vez en cuando mencionais algo del contenido. De todas formas esta revista es para vosotros. A mí me place realizarla y pretendo alcanzar los 50 números con las nuevas colaboraciones que iran saliendo número a número, normalmente respetando el orden de llegada. Ya digo que no todos sereis seleccionados pero ello no es nunca nada personal. La Revista Caminante tiene siempre abiertas sus puertas y los que ya han visto su texto publicado alguna vez pueden seguir mandando colaboraciones aunque no esté la convocatoria abierta. Se tyrata pues de participar y hacerlo con gusto viendo la diversidad de gentes que tomamos parte en ello y los que nos gusta esto de escribir.



De momento no voy a volver a convocar el Concurso de ilustración, debido a los problemas que existan con el empleo de la IA. Al final acabamos perdiendo todos y lo que es una buena herramienta de trabajo no puede con derecho suplir la creatividad de las gentes. Pero parece ser que jugamos a esa carta y asi todo se va pudriendo y cada vez hay menos cosas limpias o que se parezcan a una intención original.

Lo dicho Gracias a todos por participar y tened paciencia para veros publicados.

Fotografía: el editor daniel Collado por Cristiane Ventre

Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº42 Septiembre 2025

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378
Caminante (Madrid) Edición mensual

en papel de 20 ejemplares de 32 páginas
a todo color. Precio: 8 euros

Distribución gratuita via email a los 5
continentes, previa solicitud. 600 lectores directos,
3200 seguidores en facebook

La Revista Caminante

no se hace responsable de las opiniones y
redacciones de los autores que la
componen. La participación es libre y no
remunerada. Los textos e imágenes enviados
están sujetos al criterio del editor. El autor
conserva los derechos sobre su obra.



DANIEL COLLADO AZORÍN

El Susurro de las 11:11 Stephany Renteria

Cada noche, a las 11:11 p.m., Elena escuchaba el mismo susurro. Al principio, lo habían ignorado. Pensaba que era el viento filtrándose entre las viejas paredes de su apartamento.

Pero las últimas semanas, la voz había comenzado a pronunciar su nombre.

“Eleena...”

La primera vez que lo escuchó, pensó que era su imaginación. Quizás estaba demasiado cansada o estresada, pero cuando la voz se repitió noche tras noche, siempre a la misma hora, el miedo comenzó a invadirla. El reloj marcaba las 11:11, y ahí estaba, ese susurro.

Siempre cerca, como si alguien estuviera de pie justo detrás de ella.

Una noche, decidió enfrentar lo que fuera que estaba ocurriendo. Apagó todas las luces, y con

el reloj acercándose a la hora maldita, se sentó en el borde de su cama, esperando. El silencio era absoluto, excepto por el lento tic-tac del reloj.

Cuando el reloj dio las 11:11, la voz susurró de nuevo, pero esta vez, más clara que nunca.

“Eleena... estoy aquí...”

Elena giró la cabeza, y en la esquina más oscura de la habitación, una figura comenzó a tomar forma. Un cuerpo delgado y pálido, envuelto en sombras, avanzó hacia ella. Tenía los ojos vacíos y su boca se movía lentamente, como si susurrara algo inaudible. La habitación se llenó de un frío glacial.

Paralizada por el terror, Elena intentó moverse, pero su cuerpo no respondía. La figura se inclinó sobre ella, su aliento frío acariciando su piel. Entonces, con una voz rota y aguda, susurró una última vez:

“Es hora de que vengas conmigo...”

Al día siguiente, encontraron el apartamento vacío. Las luces seguían encendidas, pero no había rastro de Elena, como si hubiera desaparecido sin dejar huella. Sólo el reloj, detenido a las 11:11 p.m., seguía marcando el tiempo de su último susurro

Todo está por terminar (X)

Hablar de cementerios es aún a día de hoy un tema casi tabú. Hablar de arquitectura en cementerios puede parecer de arquitectos trastornados o trasnochados, pero no para mí. Creo que debemos naturalizar e integrar el concepto de la muerte en nuestra sociedad. Desde pequeños debemos ser partícipes de que la muerte, es la única realidad absoluta de la que disponemos en nuestro trascurso vital. Quizá así y solo así, podamos ser plenamente conscientes de la fragilidad de la vida y de la importancia de ser vivida; y, además, la consideración de esta certeza, puede ayudarnos a que el dolor ante una pérdida, sea más llevadero. Entiendo el cementerio como un lugar de dolor, en el que asumir una realidad y en el que poder ser conscientes de todo y cuanto ya no existe, pero quizá, puede que éste sea también el lugar en el que podamos estar en paz con nosotros mismos. Y no en el sentido religioso, sino en el sentido figurativo donde compartimos una realidad común para todos, independientemente de la posición social o económica de la que uno goce. Quizá debamos desmitificarlo como el lugar lúgubre al que algunos incluso parecen temer y adoptar una postura de aceptación y dignificación del lugar del eterno descanso.

Recuerdo a Toni, mi profesor de proyectos I y III en la universidad. Era una personalidad totalmente diferenciada del resto de los profesores que componían el claustro. O lo amabas o lo odiabas, en mi caso empezó siendo lo segundo para finalmente, convertirse en lo primero. Toni era un galleguista de los pies a la cabeza. Impartía sus clases en gallego y aludía a su patria querida cada vez que la ocasión se lo permitía (y sino, se lo permitía él mismo). Nunca levantaba la voz, ni entraba en conflicto; tampoco era ególatra ni derrochaba carisma, simplemente, era diferente.

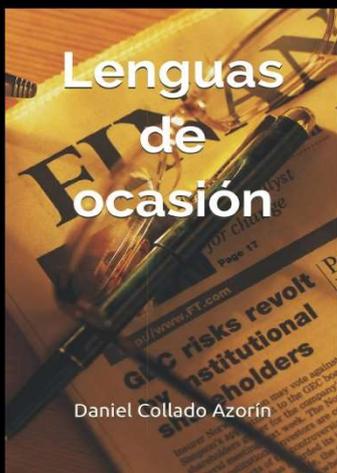
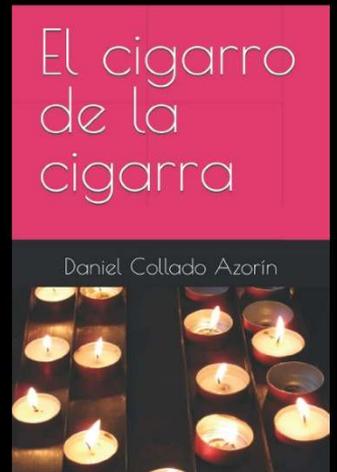
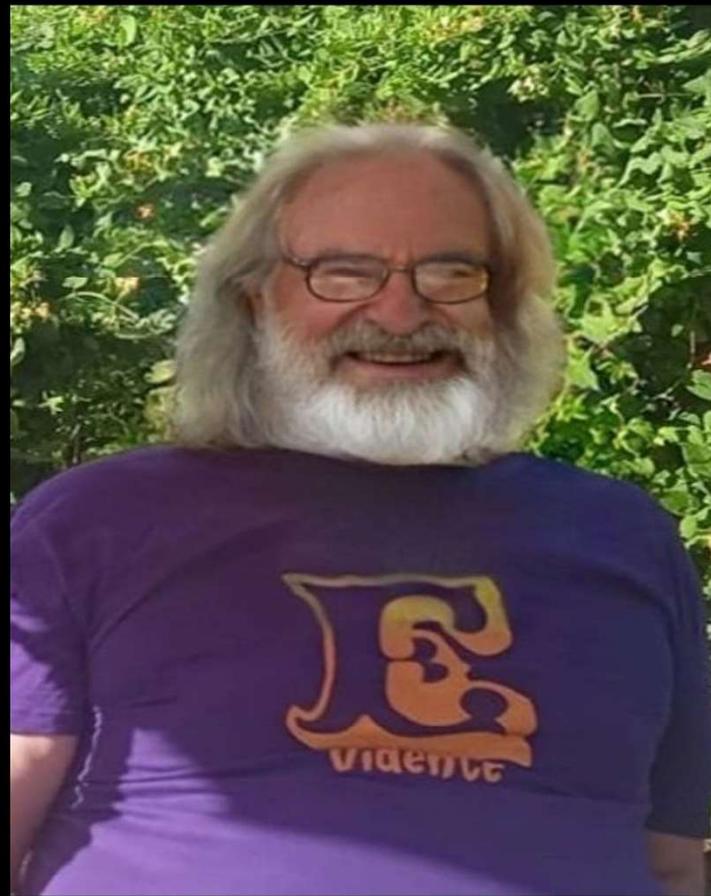
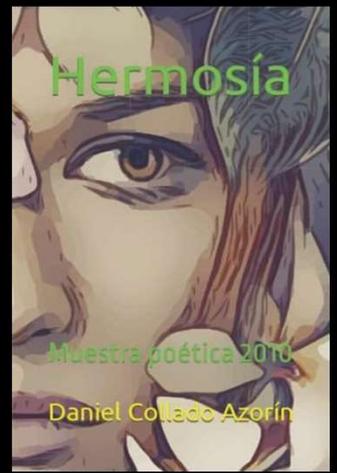
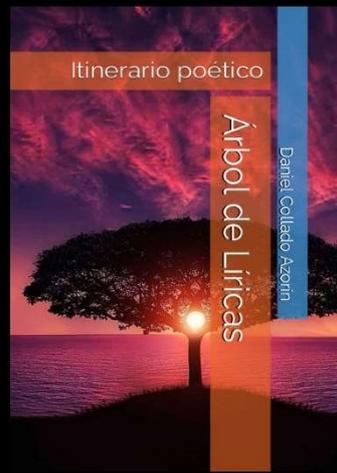
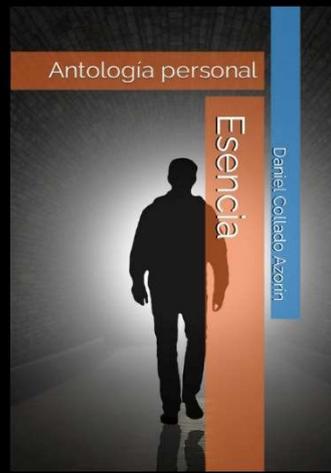
Cuando comencé a clase con él estuve a punto de cambiarme a la facultad de Derecho... era exigente y siempre nos daba una de cal, y ninguna de arena, pero derrochaba amor a su profesión por todos los poros de su cuerpo, y fue esa pasión y mi curiosidad, la que me permitió darme a mí misma la oportunidad de ser paciente, escuchar y saber esperar para llegar a comprender a tan extraña personalidad. Había recurrido mundo, trabajado en diferentes países, podía ser arquitecto o acróbata de circo. Conducía un utilitario y su ropa parecía responder a un programa de uniformes estacionarios. Sabíamos cuando llegaba la

primavera cuando Toni dejaba el abrigo y comenzaba a desempolvar los polos y camisas de cuello mao. Y lo mismo sucedía con el invierno, terminábamos de recoger las sandalias cuando el fular era coprotagonista más de dos días consecutivos en sus clases. Finalmente acabé escogiéndolo como tutor de mi Proyecto Final de Carrera, corroborando que del amor al odio hay un paso (o un par de clases de Proyectos).

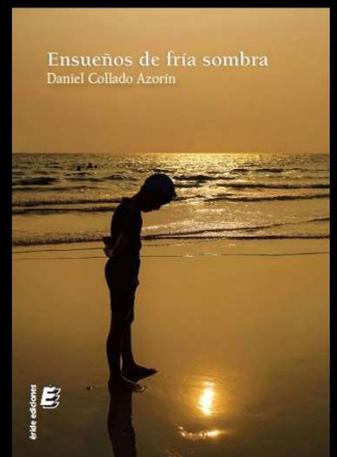
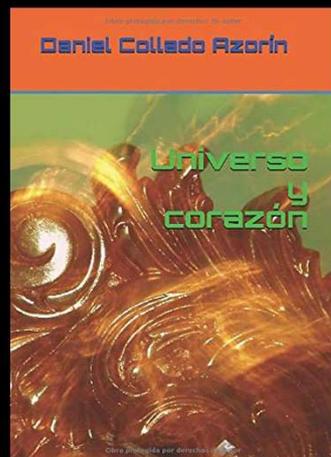
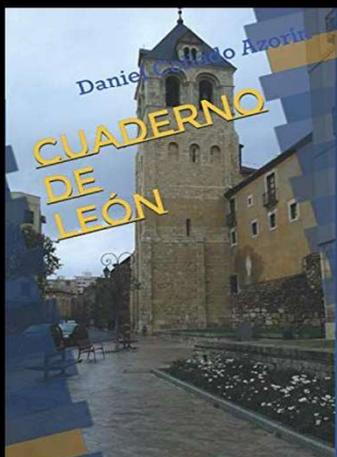
No recuerdo con nitidez el contexto, pero no se me olvidará jamás otra más de sus chocantes afirmaciones, que emulaba anecdóticas, para hacernos reflexionar sobre en qué lugares podíamos encontrar arquitectura. Sobre lo mundano y la banalidad de las tipologías y arquetipos habituales con las que arquitectos de renombre y postín se coronaban. Enemigos estos últimos de su idea de arquitectura pura. La arquitectura funeraria, y justo ahí captó mi atención. Decía que cada vez que visitaba una ciudad, independientemente de la localización geográfica en la que se encontrara, visitaba su cementerio y sopesaba la calidad de esa sociedad, conforme al estado del mismo. En ese momento me pareció un comentario cuanto menos tétrico y disfuncional, pero por algo se me grabó ese día, y a medida que transcurren los años, va cobrando cada vez más sentido. Nos narraba, con absoluto convencimiento, como un pueblo que venerara a sus antepasados debía de cuidar con especial cariño y respeto, el último lugar de estancia y reposo sobre esta tierra de sus familiares.

Así, cuando observaba un cementerio en un lugar tranquilo y apacible, con monumentos funerarios, aunque de pequeñas dimensiones o incluso un tanto anquilosados, como bien podría ser ejemplo el cementerio de La Carriona en Avilés (por hacer yo un poco de patria), devenía mayor admiración que uno con nichos de última generación, próximo a un centro comercial o una autopista y con letras de oro en las lápidas. Creo que esta afirmación adquiere una relevancia de importantes dimensiones cuando comprendemos el sentido del respeto y de honrar a nuestros antepasados... Aunque parezca algo loco o fuera de contexto para unos estudiantes de arquitectura de veinte años, creo que no fui la única persona que se fue de allí con la cabeza funcionando, registrando y analizando esas palabras, ya que mi mejor amiga de la universidad hizo un cementerio/tanatorio como Proyecto Fin de Carrera. Y en uno de nuestros viajes de fin de curso, fuimos a visitar el cementerio de César Portela en Finisterra.

Elena Bravo Delgado



escritordaniel.es



SONIDOS DEL PASADO-

Josebel Esteve

Sentado en el sofá del salón recordaba el tiempo en que risas y gritos infantiles rebotaban en las paredes blancas de la casa de verano. Los niños corrían felices disfrutando de sus largas vacaciones junto al mar, un parque infinito de agua y arena blanca.

El patio delantero era un jardín donde Marisa, mi mujer, cultivaba rosas y plantas fuertes que soportaban un despiadado sol mediterráneo. En mi imaginación la seguía viendo con su sombrero de ala ancha, agachada, cortando flores para adornar con su color y olor el salón, recuerdos que amarilleaban de viejos.

Hacía ya once años desde que pasamos el último verano todos juntos, antes de que la vida se nos torciera.

Unos meses después de ese último agosto, una mortal enfermedad atacó a Marisa de pronto. Fue duro aceptar que nos quedaba poco tiempo juntos. Intentamos aprovechar las horas como mejor pudimos, pero no fue suficiente porque el velo de la tristeza se entretejió entre los minutos y segundos que compartíamos, haciendo imposible olvidar nuestra amarga realidad.

Que ella nos dejara fue un golpe terrible, sobre todo para los niños, pero atenué cuanto estuvo en mi mano el martillazo de la crueldad distraendo su ánimo con momentos extraordinarios, mientras mi espíritu se deshacía en lamentos. Y así pasé un tiempo, inventando ratos de ilusión agotadores y sonrisas exageradas que no llegaban más allá de mi boca. Hasta que pude dejar mi empeño aparcado cuando logré que las conversaciones en la mesa fluyeran con la naturalidad de antaño.

El tiempo pasó y mis hijos se fueron arrancando de nuestra casa y de mí, poco a poco, pero sin disimulo ni parsimonia, hasta que un día me di cuenta de que las hebras que nos unían eran finas y casi siempre enredadas con sonidos ajenos a través del teléfono.

Todo era como debía ser. No crie niños especiales. Nuestros asuntos eran vulgares y mis penas las normales en hombres de mi edad, sin embargo, sentía que mi soledad era única y el dolor por mis pérdidas original, de manera que me encontraba a gusto revolcándome en mis lamentos y espantando los pocos momentos que mis hijos me querían regalar. Yo no era una buena compañía si uno pensaba distraerse y, en parte, lo achacaba a no haber pasado un duelo que debió ser respetado en su momento. En cualquier caso, desperdiciaba los días en los que recibía sus visitas, durante las vacaciones de Navidad o Semana Santa, también en verano. Ellos se debían sentir agotados al contemplar el declive del hombre alegre que los sacó del pozo y les ayudó a pasar por el tránsito de vivir sin madre. No comprendían que me sentía tan cansado que solo quería dormir, leer novelas ligeras y ver en la tele series tontas que no necesitaran de una

atención importante. Me resistía, además, a volver a la casa de la playa. Ese era un lugar sagrado de recuerdos felices que no quería profanar, aunque los chicos me lo pidieran un año tras otro.

Los tópicos no siempre son falsos y yo mismo usé de uno al levantarme una vez que toqué tan fondo que parecía que las arenas movedizas me tragarían para siempre. Fue cuando las pastillas de dormir, que perdían su efecto a los pocos meses, fueron a parar en masa a mi boca, para aliviar un estado de agitación por falta de sueño que me tenía desquiciado. Entonces mis hijos, avisados por un vecino, me visitaron en el hospital y me hablaron con claridad. Ellos me querían, era su padre, pero no podían seguir viviendo preocupados por mi estado de ánimo, ni pendientes de mi reciente capricho de tomar pastillas como caramelos de menta.

De esa forma tan poco original fue como espabilé y me dispuse a encarrilar mis emociones. Había pasado el tiempo suficiente desde la muerte de Marisa como para que pudiera pensar con impunidad en encontrar otra u otras mujeres.

Alentado por mi vecino visité un bar donde la gente madura se encontraba con el fin de compartir batallitas como preámbulo de relaciones serias, o no, de las que los sentimientos podían formar parte.

Con más miedo que ganas me vestí de domingo y, acicalado, fui a encontrarme con mi futuro.

Apalancado en la barra y con un gin-tonic en la mano, estudiaba el mercado. Nunca me había fijado en mujeres mayores. Puestos a mirar por mirar, prefería observar a las jóvenes, pero eso era diferente, no estaba allí para contemplar y recrearme la vista, sino para conocer a una compañera que anduviera a mi lado el resto del camino, aunque a decir verdad, dudaba mucho de que eso se llegara a producir. Con este talante observé a señoras e intenté imaginarlas con veinte años menos, y poco a poco me vi apreciando una belleza diferente a la que estaba acostumbrado a ver en las series de la tele. Varias mujeres se me acercaron, pero no estaba preparado, así que de todas me deshice con elegancia y educación, hasta que pasado un mes y medio, vi a una mujer alta y guapa a la manera a la que ya me había acostumbrado, con pliegues sobre sus ojos azules, gafas de edad y una sonrisa bondadosa que hacía difícil el apartar la vista, es decir, sentí eso que llaman magnetismo. Hablaba con dos amigas en unas butacas al fondo del bar, y no me miraba. Hice fuerza con mente y me juré que si levantaba sus ojos hacia mí, le daría una oportunidad. No lo hizo, pero como ya tenía decidido lo de la oportunidad, me acerqué yo.

Así conocí a Carmen. Nuestras primeras conversaciones ya fueron directas a tantear gustos y costumbres, forma de gastar y el patrimonio del que disponíamos. Luego nos contamos nuestra pasada vida amorosa, que por la edad se suponía succulenta. Ella había estado casada dos veces y las dos sufrió desengaños. Ellos la abandonaron en ambos casos por otra mujer, y tenía un hijo de ya diecinueve años, que era lo primero para ella, eso debía quedar claro.

Por mi parte, conté todo lo que ya sabemos, pero lo que no sabía ni yo era que estar cerca de una mujer conversando de forma tan seria me devolvería los recuerdos de Marisa, que creía enterrados, de manera que una congoja infantil asomaba a mis ojos cuando nos sincerábamos acerca del amor.

Seguimos viéndonos hasta que la cosa se puso seria, entonces le hablé de la casa de la playa, donde veía a mi mujer cortar las rosas con su pabela y su bata sin mangas. Ese lugar estaba vedado para cualquier

otra mujer y se lo confesé sin maldad, esperando que pensara que yo era un hombre sensible y fiel. Idiota de mí, creí que ese aspecto romántico más allá de la muerte la haría enamorarse más todavía. Uno no sabe hasta que se enseña y yo, que me creía muy listo en el amor, era un completo inútil. Cuando le propuse matrimonio y que fuera mi compañera durante el tiempo que nos quedaba, esta fue su contestación.

—Eres un buen hombre, y me gustas. Lo hemos pasado bien y has hecho que me enamore de ti, pero no estás preparado. Verás como tengo razón cuando lo pienses. Llevas a tu mujer en el corazón y yo no quepo. Puede que algún día, pero ahora no puedo aceptarte. Lo siento más que tú. Adiós.

Y me quedé con la palabra en la boca y atónito ante un rechazo que, debido a mi sublime ignorancia, fue inesperado. Recapacité para descubrir en qué había fallado, y el caso es que no me resultó difícil llegar al asunto porque desde el principio me porté como un perfecto estúpido. ¿Cómo voy a hacer que una mujer se sienta amada si mantengo toda una casa como santuario de mi anterior matrimonio? Ni respeto ni un carajo. Aquello era una gilipollez, y yo el mayor lerdo de la historia.

En cualquier caso, ya no tenía remedio. Me juré que había acabado para siempre con las mujeres y que no volvería al bar de ligues nunca más. No entendía nada del amor ni del respeto.

Puede que fuera casualidad, porque no creo en el destino, que el día en que fui a la ferretería a por tornillos para reparar un mueble zapatero, la encontrara comprando un hornillo de camping.

Nos dimos dos besos.

—¿Cómo te va? —pregunté para romper el hielo.

Ella me contó que le encantaban las acampadas y que había quedado con unos amigos para ir a pasar una noche a la montaña. De la forma en que me explicó todo aquello no parecía que tuviera compañía masculina para la excursión, así que, sondeando su interés con la sutileza de un asno, casi le supliqué que me dejara acompañarla, sin expectativas, la verdad. Contra todo pronóstico, aceptó, y desde ese punto empezamos una relación más sincera que la anterior, sin tantas chorradas ni restricciones. Carmen todavía creía en el amor y no contemplaba medias tintas. Entonces me juré que no cometería los mismos errores.

Sentado en el sofá del salón recordaba el tiempo en el que las risas inundaban los rincones de la casa de verano, cuando los niños corrían felices disfrutando de las vacaciones junto al mar.

Otros sonidos, aparte de la algarabía infantil, llenaban mis recuerdos: “tac, tac, tac”. Marisa trajinaba en la cocina, preparaba la cena y cortaba verduras sobre la tabla de madera. Era un sonido familiar y reconfortante, y tan real que me parecía estar oyéndolo en aquel preciso instante. Después de tantos años, tac, tac, tac. Me volví y el corazón me dio un latido extra al contemplar la espalda de Carmen, concentrada en preparar la cena, con su bata de verano sin mangas. No pude evitar curvar mis labios en una inconsciente sonrisa al advertir la naturalidad del acto simple de cortar cebolla y la emoción exagerada que me producía un sonido ordinario e importante al mismo tiempo. Sentí que todo estaba bien, que Carmen era la última pieza de un puzle difícil de completar, y que con ella apreciaba, al fin, el conjunto del paisaje que configuraba mi vida.

ALLÍ ESTÁS

Zulma Martínez.
(Argentina)

Ante mí se abre el camino;
sostiene mis pasos, los acuna,
fluye, se adormece en trinos,
destrenza los recuerdos que me abrumen.
El sol se deshace entre mis dedos;
roza, con su nada y su todo, mi destino.
Me transita un aire manso.
Una explosión de alas,
entre la fronda, se esfuma.
Con tus ojos en vigilia,
con tu media sonrisa,
con tu espera taciturna,
de pronto, allí estás.
Te bebes la tarde sorbo a sorbo;
tus recónditos anhelos
entre tus manos estrujas.
De tanto soñar, tembloroso e indeciso,
te llevará, en andas, la culpa
lejos, muy lejos de aquel cielo prometido.



Free Palestine

Quien despoja a los demás, vive siempre en el terror.
Proverbio palestino
La mayoría de los sionistas no cree que Dios exista,
pero sí cree que les prometió Palestina.
Ilan Pappé

Un gesto de amor
entre tú y yo
piel clarita del Norte
piel morena del Sur
entretrejiendo las hebras
rojas-verdes-blancas-negras
entretrejiéndolas
Y
cruzándolas alternativamente
hasta formar el poema
que conjure el horror
que repudie el terror
de un nuevo holocausto en el mundo
en honor a Moloch
Moloch/ Moloch inmundo
que se ceba en codicia
que se ceba en el juego
con las carnes al fuego
de civiles y niños
de mujeres y ancianos
y les ofrece poder
les garantiza el poder
poder
poder
poder atroz
al Imperio feroz
y al genocida perverso.

Israel Chira



Alejandra Oliverio y Ernesto

El teléfono interno de mi camarote sonó a las ocho de la mañana de aquel 21 de julio.

Atendí; era un llamado desde el laboratorio del barco.

El imán atrapador de almas había capturado una que preguntaba por mí.

- Señor Sábado, se trata del alma de un tal Oliverio Vidal -me dijo el marinero enfermero de guardia.

Al escuchar ese nombre, palidecí y comencé a recordar los hechos acaecidos en el Parque Lezama en mi novela "Sobre héroes y tumbas".

Yo había tenido una entrevista con Oliverio hacía unos años en Buenos Aires. Ambos estábamos vivos.

Ya en esos momentos, él me había expresado su intención de escribir un cuento o una novela para reivindicar a Alejandra Vidal Olmos, uno de los personajes femeninos, seguramente el más importante de mi novela.

Me parecía que una de las causas de esa cruzada reivindicatoria de Oliverio era porque mi personaje tenía su mismo apellido.

Oliverio Vidal creía que Alejandra Vidal nunca podía haberse suicidado. Él estaba seguro de que ese final era un error, un error mío.

Yo había descrito a Alejandra en "Sobre héroes y tumbas" como de cabello rojizo, alta y pómulos mongólicos".

Cuando escribí la novela, la palabra "mongólico" no estaba mal vista.

Nos separamos en buenos términos. Me dejó un borrador de su novela, donde él era uno de los personajes, pero era un narrador omnisciente quien daba los detalles de la trama.

La novela o cuento comenzaba de esta manera:

"Era otoño en Buenos Aires. Oliverio Vidal, después de cruzar a un ciclista que escapaba del cementerio vestido con jirones de mortaja, se dirigió al parque. Se sentó en un banco, cerca de la estatua de Ceres, y comenzó a escribir..."

"Ceres estaba como siempre, tiesa; una paloma se había posado en su seno izquierdo. Desde la esquina de Defensa y Brasil ingresó un ciego que vendía globos. Oliverio Vidal pensó en Ramiro, el amigo ciego de su padre, a quien, desde su tímida adolescencia, había preguntado su opinión sobre mi "informe sobre ciegos".

Como sería su estado de timidez, que Ramiro, obviamente sin verlo, le preguntó:

- ¿Por qué estás cohibido?

Para Oliverio fue y sigue siendo un misterio cómo Ramiro, percibió su temor.

Para mí no.

Los ciegos son componentes impiadosos de la secta de no videntes, que usan el temor que provocan sus ojos sin vida, vacíos, para intimidar a sus interlocutores.

De pronto, se acercó al banco donde estaba sentado Oliverio Vidal un perro.

El perro se paró delante de él, lo miró y dijo:

- "Hola Oliverio si quieres ver a Alejandra, tienes que esperar; aparece solo escasos minutos cada mes.

El diálogo, entonces, se tornó inevitable debido a la curiosidad de Oliverio.

No se trató de un diálogo subliminal; fue real, concreto, normal (dentro de las posibilidades que ofrece la normalidad de hablar con un perro).

El can, posteriormente, dio la explicación de su identidad.

Antes de su reencarnación como tal, había sido un dios menor del Olimpo con un parentesco cercano a Ceres...

El suicidio de Alejandra, obsesionaba a Oliverio.

A las personas suicidas la religión los condena al infierno.

Los personajes de ficción suicidas no van al infierno, quedan rondando cerca del lugar donde el autor ubicó su muerte en la novela.

Son almas errantes de ficción.

Se las puede diferenciar de las verdaderas almas errantes, pues no tienen aura.

Yo sabía que, por mi culpa, el alma de Alejandra habitaba allí, en Parque Lezama.

Un día domingo, Oliverio volvió y se sentó en el mismo banco de siempre.

Ese día se produjo el hecho anticipado por el perro.

Por unos breves instantes, la luna perdió su color habitual, tornándose súbitamente roja.

A partir de ese momento sucedieron algunas cosas (extrañas, pensaría luego Oliverio). La estatua de Ceres se corporizó y se convirtió en una mujer de carne y hueso.

De a poco, el resto de las estatuas comenzaron a imitarla. Algunas otras figuras, evidentemente almas errantes, comenzaron a deambular por el parque. El silencio reinante fue invadido por una melodía celestial.

Oliverio, vio a una mujer que se dirigía hacia él y cuando estuvo a su lado, le dijo:

- Te estaba esperando.

Oliverio sintió algo de intriga y un poco de temor.

- ¿A mí? –preguntó.

- Ella es Alejandra, la Alejandra que viniste a buscar –le dijo Ceres”.

Alejandra era parecida a la descrita por mí, pero habían pasado unos años y aquella hermosa adolescente era ahora una hermosa mujer.

Yo había inventado su rostro de forma ovalada, ojeras exageradas, labios gruesos y una boca grande, quizá muy grande, con unos pliegues hacia abajo en las comisuras, que daban sensación de amargura y desdén.”

- “¿A Martín lo sigues viendo? –le preguntó Oliverio a Alejandra.”

La pregunta la desconcertó; obviamente y lógicamente Oliverio no podía saber que la relación entre Alejandra y Martín fue transitoria y absolutamente de ficción, y finalizó mucho antes de que yo terminara mi novela.

“- No... ya no me veo con Martín –dijo Alejandra sin aclarar el tema.

- Oliverio, dijo el can, mira que dentro de sesenta segundos termina todo.

Oliverio extendió su mano para saludar a Alejandra, pero sus dedos se perdieron en el aire, no porque ella hubiera desaparecido, sino porque, aunque pareciera real, era tan solo un alma.

Le preguntó si entre las almas había contacto físico, pero no tuvo respuesta; Alejandra había decidido ese día no hablar y sin decir nada, se desvaneció lentamente.

Días después, Oliverio volvió al banco con sus apuntes.

El parque estaba vacío y desolado, como el sentimiento de Oliverio.

Se produjo, como siempre a esa hora, la metamorfosis de Ceres.

Mientras Oliverio esperaba a Alejandra, miró por primera vez a

Ceres como mujer y no como estatua transformada.

- Me impresiona estar ante una diosa romana –dijo Oliverio– algo casi equivalente a una santa de la religión católica

.-Ceres, dijo- ¿casi? yo fui más importante que una santa católica.

Yo fui y soy una diosa de Roma, antes de la hecatombe del monoteísmo.

¿De esa hecatombe quién fue responsable?

Te impresionaría si te dijese sus nombres, pero hay códigos que no puedo romper.

En ese momento apareció Alejandra; su cara no pudo evitar el disgusto de ver a Oliverio hablando y admirando la belleza de Ceres.

Alejandra parece una semidiosa griega —pensó Oliverio—.

Ella evidentemente adivinó su pensamiento porque dijo:

—¿Por qué semidiosa? ¿Qué diferencia tengo con Ceres?

Y dicho esto, comenzó a desnudarse.

—Quiero tu opinión —dijo Alejandra, alterada—.

—Y la quiero ya.

Oliverio sonrió...

—Cortá con esa sonrisa estúpida y comenzá a comparar.

Poro a poro, Oliverio... poro por poro, aunque te signifique una dificultad...

Alejandra lo excitaba.

Instintivamente estiró sus dos brazos para atraerla hacia él y, una vez más, comprobó que era inasible.

Al ver esta actitud, Alejandra, furiosa, le gritó:

—¡Dije palabras, no tacto! Y luego se desvaneció aparentemente por furia. Oliverio volvió a su casa, pasó por Plaza de Mayo; un gentío aclamaba a un militar de voz aguardentosa por haber invadido unas islas, caras al sentimiento de los argentinos.

Al mes siguiente se produjo la metamorfosis, pero Alejandra no apareció.

De regreso a su casa, vio en la Plaza de Mayo un gentío que denostaba al militar de voz aguardentosa por haber perdido la guerra por las islas, tan caras al sentimiento de los argentinos.

Gritaban: “Se va a acabar, se va a acabar la dictadura militar”.

Oliverio no vio al perro que, junto a la muchedumbre, esbozaba una sonrisa irónica al escuchar los cantos.

Para Oliverio, todas las mujeres estaban sintetizadas en una sola mujer.

Tenía una obsesiva necesidad de tener algo con ella, por esa mujer que era un desafío en el que el premio era ella misma.

Finalmente, Oliverio pergeñó su estrategia para lograr su objetivo de estar para siempre con Alejandra. Decidió escribir una novela donde el personaje terminase suicidado, cerca del parque de Alejandra. La escribiría en primera persona, con su nombre y apellido; la publicaría y luego se

suicidaría. En el parque Lezama, frente a Alejandra, por unos instantes, estarían las dos almas: la de él y la de su personaje. Su alma estaría condenada al infierno y la de su personaje flotaría eternamente en el parque Lezama. Pero hubo un error burocrático en la administración general de almas y el alma de Oliverio apareció en el estadio del club de fútbol San Lorenzo, ubicado en Avenida La Plata e Inclán. Después de un tiempo, la administración general de almas cayó en cuenta de su error, lo liberó del estadio, pero nuevamente, por error, no lo devolvió al parque, sino que lo obligó a deambular por los mares. Así fue como el imán de “Le Flaneur” lo captó aquel 21 de julio. Cuando llegué al laboratorio del barco, vi al alma de Oliverio. Yo me sentía en parte responsable de su destino. Tenía que ayudarlo. Lo hice. No sé por qué lo hice, quizá por el pago de alguna culpa o un ataque repentino de solidaridad. Hice un pacto de transmutación de esencias ante la administración general de almas. Yo tomaría el lugar de Oliverio. Me condené a la nada absoluta. Él se fue hacia el parque para reunirse con Alejandra. Luego de la transmutación, comencé a reescribir mi novela, aquella de los héroes y de las tumbas, teniendo en cuenta que las muertes injustas a las que sometemos los autores de libros a nuestros

personajes son un acto poco ético, un recurso que pretende disimular el autoritarismo, el endiosamiento inicuo y esa patética forma que tenemos los escritores de convertirnos en señores de la vida y de la muerte. Hace seis años de este hecho. Nunca fui al infierno; posiblemente se haya traspapelado mi expediente.

O ese infierno tan temido se encuentra solo en la mente de los creyentes.

Un helicóptero de color muy blanco aterrizó en el helipuerto del barco.

De él se apeó una mujer hermosa vestida de luto riguroso.

La mujer extrajo de su bolsillo un papel y, leyéndolo, le preguntó a un marinero: ¿dónde queda el camarote del señor... Ernesto Sábato?

Acaban de sonar cinco golpes en la puerta de mi camarote.

Me miré al espejo, me acicalé y sin otra posibilidad, giré lentamente el picaporte.

Daniel

Luis

Zúgaro

Laura en el umbral

He corrido por las calles con la asfixia de tu nombre, tropezado, caído y levantado, y vuelta a correr, a huir, a quedarme sin respiración, sin aire, buscándote a empujones, palpando tu ausencia, aunque aún no te has ido. He pisado las aguas del charol de la ciudad, con la boca abierta, los brazos extendidos y los ojos a punto del desgarrar por la desesperación; he estado muriéndome, agonizando ante tu partida, clamando a Dios mi muerte para poder acompañarte. Aún me llegan desde los rincones de mi alma los estertores de tu agonía, la ansiedad de tu boca abierta y los ojos que me miran con el anhelo del acorralado que ve partir a sus huestes. Sé que tus esmeraldas secas ya no verán mis lágrimas de adiós. Tu ventana sabe de mi llanto en esas noches en las que el cuadro oscuro de tu habitación de hospital se troca en desmembrada luciérnaga más allá de los jardines, y al fondo, por detrás de la ciudad, atravesando los primeros campos, las vías del tren vistiendo el acero brillante que baña nuestra Luna. Esas dos espadas cegadoras atravesarán ahora mi locura para llevarme por la senda que conduce al Averno. ¿Qué serían mis días atados a tu ausencia? Condenaré mi alma por cobardía y te seguiré en tu vuelo cuando cruces el umbral. Luego perderé tu estela. ¿Dónde van los condenados? Quizá nunca más estaré frente a tus ojos, pero ese Dios que me vigila sabe que no hay peor condena que la de mis recuerdos gritándome tu nombre, tu boca sellada mientras tu voz invade mi cerebro, tu cuerpo esencia cuando me emborrache el perfume de tu

piel. Te he lanzado un beso al cruzar los jardines, y al llegar a tu ventana he sentido cómo te decía, en un susurro, que te espero. He atravesado por última vez nuestra ciudad, alcanzado los campos donde corren las aceras como un río de muerte que conoce de cobardes y sorprendidos de buena fe. Ahora estamos los dos en el umbral, el mundo abandonado a su suerte, mi existencia atrapada en un callejón sin salida: la muerte, que será daga mortal para mi madre y para nuestro hijo Rubén, terminará siendo estoque flamígero que me conduzca a los infiernos, y de nuevo a tu ausencia. ¿Y qué vestido arroparía ahora mi deambular desnudo? No, ya no debo recapacitar; no hay marcha atrás. Si acaso, aún me resta el arrepentimiento, forjar un auténtico deseo de vivir... pero no puedo. Cada instante vertido en esta soledad se viene alimentando del machacante clamor de la rueda contra el carril, segundo a segundo, paso a paso, salto de agujas y cruce de caminos. Para mí no llegará una nueva noche sin que el tiempo marcado en los relojes se haya detenido, mis pies en desconcierto, las frías cuchillas de la 2060, detenidas en el beso de mi liberación mientras mi alma cruza la Laguna Estigia para cumplir condena. Tal vez el Cielo nos brinde un instante de unión antes de perderme entre las sombras. Por qué, Señor, ¿me hiciste cobarde? Sí, lo sé, estoy a tiempo para arrepentirme, pero no puedo. Si me soltaras de estas vías seguiría quieto entre ellas con tal de no volver a enfrentarme a la lúgubre habitación donde Laura espera. Tuve la precaución de arrojar lejos la llave. No la veo, pero sé que está mucho más allá de donde me permiten moverme las cadenas. Sí, seguramente cayó por allí, por donde esas espigas que crecen junto al carril. Ya no es posible la marcha atrás; Dios lo sabe. Veinte minutos para el fin, para cruzar la frontera. Puedo rezar una oración, vivir el carnaval de los cobardes... pero no es posible. Esta tarde también habrá tormenta, seguro, y lloverá sobre mi

cuerpo roto, sobre el de aquellos que vengan a llevarme, sobre el del juez que levante mi cadáver. Lloverá sobre la lona que me cubra: arriba los curiosos tratando de ver mi cara para estudiar el último pensamiento estrellado en mis facciones; abajo, ocultado al mundo que viaja huyendo de la muerte, un ser cuyo destino jugó la última carta en el relampagueo de un instante. Entre los dos estadios, la brisa, el aire recién respirado, los sonidos que empezaron y aún se mantienen colgados en el éter. Entre los dos mundos el aliento de la muerte. Lloverá sobre el alféizar de la ventana del hospital donde los ojos de Laura pierden la luz, y el sonido de las gotas golpeando sobre el zinc marcará el tiempo de tiniebla de mi pobre madre esperando mi llamada. Puedo ver su llanto contenido, y los estertores anunciando la partida de Laura. La angustia me roba el aire, pero ya por poco tiempo. Su daga no hallará pecho contra el que saciar su sed literaria de trágica belleza. ¿Qué bien sabe este cigarrillo, el último que acarician mis manos encadenadas al destino...!

El tren tiene que llegar pronto; no puedo detener mucho más tiempo el llanto; la angustia me asfixiaría si me dejara arrastrar por él: he intentado llorar para vaciarme, pero termina cundiendo el pánico y la desesperación, y tengo que escapar, pensar de puntillas, sentir sin recordar, respirar profundamente. Es mejor dejar que la brisa seque la humedad de los ojos a punto de desbordarse. Hay que detener el grito en la garganta, ahogarlo, comprimirlo. Sólo hay que esperar a que llegue el tren, fumar y apretar de vez en cuando las mandíbulas, mirar al cielo y cerrar los ojos. Un grupo de chiquillos con la merienda en las manos está jugando al fondo, cerca de la curva que traza la vía. Sus jerseys se funden con el rojo de las amapolas. Están lejos. Las vaharinas borran sus límites en mi horizonte ficticiamente acortado. Parece como si pudiera llegar a ellos en un par de tramos de carril, pero es una visión

engañoso de la perspectiva. Están distantes de mi muerte... ¡pero más lo está ese avión! Seguro que por alguna de sus ventanillas alguien rastrea el suelo, el recorrido de las vías, y hasta puede que me vea: un dato oscuro apostado sobre las traviesas. Será un pasajero feliz que dentro de media hora estará aguardando la salida de su equipaje por la pista rodante, y la lluvia seguirá golpeando en la ventana de la habitación de Laura, la misma que mojará al tren detenido y al maquinista de la 2060. Me parece verlo, desdibujado en este final de tarde, las manos ocultando el rostro asomado por la ventanilla... Yo también estuve varias madrugadas asomado a tu ventana, pendiente de la respiración que anunciaba tu partida, vigilante del rosario de estrellas blancas que acudían cada noche con su beso niquelado a mi frente, y al fondo el aviso del tren rompiendo los lutos tejidos alrededor de la ciudad. A cada rugido de su fantasmal locomotora contestaban tus respiraciones debilitadas, y nuestra Luna, querida Laura, iluminaba tu faz relajada y mis angustias de mortal acobardado. Cómo me acuchillan los recuerdos de nuestros pasos bajo la carpa de luces de las ciudades, nuestras madrugadas trenzadas sobre traqueteos de tren y compartimentos de segunda clase, tus ojos vivos devolviéndome miradas por las ventanillas, tus labios tiernos besándome de vez en vez, y tu cuerpo pegado al mío. Aquellos trenes nocturnos son como ese que rodea la ciudad mientras duermes preparando tu fuga. Ese tren nocturno que arrastra mi recuerdo de ojos, labios, cuerpo contra cuerpo, ventana de hospital y cuchillo de madrugada, es el mismo que vendrá a buscarme. El maquinista de la 2060 ahora estará encendiendo su pitillo entre bromas, y el pasajero del avión hará planes para esta noche, y mi madre hará la cena, y tú seguirás yéndote despacio, cada cual atrapado en su destino, atados a él como yo a la vía. Terminará lloviendo, y es posible

que todavía lo vean mis ojos. ¡No, aún no está cerrado el cielo! ¡Qué carcomida la madera de las traviesas! Las piedras son nuevas, de grises y blancos fuertes, de negros suaves, pero el carril es viejo, oxidado a excepción de la rodada; la madera vieja, tal vez colocada antes de mi nacimiento. No lo hice muy lejos de estos páramos. Fue vía adelante, en el interior de la ciudad, en un barrio que también tenía traviesas, y mi vida ha llegado hasta aquí, escrita en pocos kilómetros. ¡Qué curiosos los casquillos abandonados junto al carril, todos iguales, todos rotos, todos parecidos a esa pieza que estuve buscando hace unas semanas...! ¡Sí, eso es!, la rosca de la cisterna. Se salía el agua, y aún correrán los pequeños ríos hacia el lago profundo de la taza, y mañana también, y pasado más. Nuestra cisterna, nuestra casa... ¿Qué pensarán los muebles?, porque algo pasará por su cabeza de serrín cuando dejen de vernos salir del dormitorio con el cabello desordenado y siga sonando la chicharra del despertador. ¿Quién amará a los cacharros de nuestra cocina, a la mesa del comedor? ¿Quién se asomará mañana al ventanal sobre la plaza? Si yo fuera mueble, balcón o pared, incluso cacharro de cocina, sufriría la pérdida de ese tipo larguirucho y de esa Laura sonriente que posaba en mí sus manos, y estaría triste al saber que no volvería a verlos cruzar de estancia a estancia. Laura en el umbral, la espera sobre el torbellino del mundo aquietado en la ventana del hospital, desbordado en esta vía que corre de aquí a la explosión de la existencia en un instante de pavoroso éxtasis. Laura con los ojos apagados y las manos yertas, con el cuerpo empapado en sudor frío... y yo sudando por el miedo, estrangulando un grito en mi garganta para no tener que clamar piedad desesperadamente. Laura en el umbral, vuelta la cara a la pared, la morfina facilitando el tránsito, la mente ocupada por el vacío. Laura en el recuerdo asomado a la ventana, dándome cuchilladas con sus

estertores, preparando yo el escenario para la representación final entre estas dos espadas... Laura en el umbral, y en las oquedades de mi cabeza resonando sus últimos balbuceos, vagando como dagas mortales los ojos que me miraron antes del último beso... Se acaba el cigarrillo. Quince minutos aún para su llegada. El reloj, mis manos, el anillo de Laura, el reloj de Laura. Manos que estrecharon manos, golpes secos de palmadas aplaudiendo un día la vida, cada una un traqueteo, cada dos un segundo de tic tac, cada silencio borrado por un estertor de tu agonía, una dosis de morfina que degüella tu cordura.

Me quedé mirando tu partida de las playas de la razón, cómo te adentrabas en el mar con la bomba programada. A lo lejos volvió a sonar aquel mugido grave del expreso nocturno merodeando por los campos, y salí a tomar aire a la ventana, a mirar al cielo clamando piedad para mi alma. Sabía que no había marcha atrás, que los relojes ya restaban tiempo a nuestras vidas, que, a ti, querida Laura, cada tren de perfusiones te acercaba hacia el umbral, y que yo tendría que tomar otro tren que atajase al tuyo y me dejara en los andenes de tu destino para ofrecerte mi mano a tu llegada... Mis manos temblorosas besaban tus mejillas, y a través de las aguas caudalosas y saladas busqué mejor acomodo a tu cabeza sobre la almohada y te dejé dormir con un roce de labios en la frente. Una oración en la ventana, y como testigos, los silencios rotos de la noche, el cielo negro tupido de arañas blancas, la ciudad iluminada como una maqueta. Mis manos se fundieron en la última plegaria en un intento de eludir la condena, y salí a las calles, a correr, a escapar, a buscar el nuevo día para morir en él y esperarte al otro lado. Prostitutas y borrachos me han visto vagar abandonado de Dios. He llenado mis venas de alcohol tratando de escapar, y en cada vaso aparecía la estocada de tu ausencia, de cada rincón surgía el azote de los estertores de tu muerte, y desde

todos los ángulos del crisol de mi embriaguez me miraban tus ojos lánguidos, sin verme. La amanecida me sorprendió haciendo el equipaje: una carta para el juez y otra para mi madre, un paquete de cigarrillos a punto de extinguirse, un candado que impidiera la huída, y una comprobación telefónica de la salida del tren que arrastra la 2060. No es fácil partir antes que tú, esperar en este andén con las manos desasistidas de las tuyas.

¡En el panel se ha iluminado la flecha de subida! Han desatado mi tren; exactamente doce minutos hasta que aparezca por la curva, al fondo. Qué bonito está el cielo con sus algodones blancos flotando en el azul como islas perdidas, como en los sueños de mi niñez, cuando aún creía que la fantasía se iría convirtiendo en realidad a medida que fuese necesitando zapatos más grandes. Va a llover; lo de aquí arriba no es una isla de algodón. Tiene forma de tornado negro. Mojará los cristales de la locomotora, y el maquinista tardará más tiempo en advertir mi presencia. El viento está haciendo sonar los candados que cierran las portezuelas de ese cajetín aéreo. En sus tripas está escrito el destino: el del tren arrastrado por la 2060 y el mío.

Rubén lo comprenderá. Ahora estará a punto de salir de casa para ir a mi encuentro, al encuentro con ese padre que ya no le espera. ¡Lo sabía...! ¡Qué bello llorar..., pero me ahogo! Debo respirar hondo, tranquilizarme. Se me ha taponado la nariz y el aire empieza a faltar. Llegan las primeras gotas del aguacero. Huele a tierra mojada. Le veré aparecer al fondo a la derecha: primero la locomotora verde trazando la curva, creciendo; luego los vagones por unos segundos, y el energúmeno verde seguirá creciendo hasta taparlos. Traerá encendidos los tres focos e irá deprisa, saltará sobre el cambio de agujas de la estación abandonada mientras el maquinista lucha por detenerla, sonará el estruendo desgarrador de su aviso y mis

venas se colapsarán ante el sibilante silbido de sus ruedas contra el carril. Para entonces ya estaré loco y mis esfínteres se habrán relajado en una rendición. No quisiera ser el maquinista de la 2060. Apenas me llega el aire a los pulmones, ni noto los remolinos de la polvareda, ni me moja la lluvia que cae sobre mi muerte. ¿Qué diferencia existe entre este momento y el que vendrá, dónde la barrera entre el todo y la nada?

Laura se va y mi madre sigue haciendo la cena, el tren lamiendo metros y Rubén, vestido de silencio y de temores, a punto de salir hacia el autobús mientras la saeta del destino apunta a su frente adolescente. Estoy empezando a pensar deprisa, a perder el control. Hay un tornillo enorme junto a las vías, y retales del tendido eléctrico. Lucha el sol en los cielos poco cimentados y abre huecos; está dejando de llover. El maquinista me verá mejor cuando enfile la recta. Sol, lluvia, todo, nada, vida, muerte. Dios me puso a Laura en el camino y con ella me voy de este mundo. Es obra del destino que maneja. Ya no puedo escapar, aunque podría arrepentirme y así morir eludiendo la condena eterna, pero Dios sabe que no puedo. Demasiados puñales para mi flaqueza. Otros viven soportando ausencias, tirando de las estancias secas de sus almas, cruzando habitaciones vacías, y aun así su corazón no estalla, y respiran bien, y viven. Con el tiempo escapan de las sombras arrolladas a sus pies y escapan convirtiendo en tierno recuerdo el dolor punzante de la ausencia, pero yo soy cobarde.

Huele a campo, ¡Dios, a campo!, como cuando estaba en los campamentos infantiles encerrado en la celda de mis angustias... ¿Qué hace el mundo a estas horas? Se engalana para la noche, como siempre. El mundo vive su representación, y sigue en marcha. Yo ya soy parte de la nada que conforma el tejido de la vida. Hormigas, también hay hormigas, pocas sobre estas piedras jóvenes, pero alguna

hay. También debe de haber arañas, cientos bajo las piedras. ¡Pobres pantalones! Podía haberme puesto los viejos para el último acto, los que Laura me compró hace años. No, no quiero pensar. Debía haber venido más tarde, hacer kilómetros por autopista a todo trapo para no pensar, la música reventando mis tímpanos, y fumar, fumar, fumar hasta saciarme y aborrecer el tabaco, llegar aquí con el tiempo justo para salir a su encuentro... para salir de viaje... ¡Qué ironía! ¿Por qué tanta antelación? Por si me arrepentía. ¿Tan mala es la vida sin Laura, que no se merece un intento de marcha atrás, un juego infantil de ideas sobre mi futuro sin ella?

¿Qué es eso? ¡Ya estoy muerto y aún me asusto al ver correr algo entre las piedras! Era una mosca, pero podía ser una araña. No las perdonaré ni en el último momento. Hay bastantes moscas verdes, recubiertas de esa armadura medieval fosforescente. Siempre las he llamado "moscas de la mierda", y cuando era niño, "de los muertos", convencido tal vez por viejos relatos de terror donde estos insectos plantaban sus patas de hereje sobre los cuerpos del camposanto. Muerto y mierda; ¿cómo pude mudar del incienso al detrito? A veces también las veía revolotear entre los puestos de la fruta. Moscas... Se me agolpan las historias, las troceo, las toco por última vez. ¿Será posible sentir la vibración del carril? Los indios lo hacían pegando la oreja. Hace calor y el campo acuna un silencio denso, aunque prestando atención se oyen infinidad de sonidos distintos: el chasquido de una rama atosigada por el viento, gorriones, el aleteo de los hierbajos, y hasta el trasiego de las hormigas. Ahí va una de ellas haciendo equilibrios por una rama de... No sé; nunca estuve muy ducho en botánica. ¿Y en qué lo estuve? Probablemente en nada, aunque sé creo que llegué a conocer al ser humano, a amarle como individuo y a despreciarle como masa social. Viví su teatro desde el patio de butacas, aprendí a advertir su

llanto tras la máscara de la sonrisa, a averiguar su maldad y su egoísmo después de asistir una y otra vez a la representación de la misma obra, a ser certero señalando en qué mano ocultaba la daga y en cuál la rosa. Ahora, desde aquí, contemplo el escenario total de la existencia y puedo dar valores absolutos a los actores. Es la verdad cierta que se asume con la vecindad de la muerte. Cinco minutos. El cielo se está despejando, Rubén a dos pasos de Madrid, y su abuela Carolina sentada, mano, sobre mano junto a Laura. No le quedarán lágrimas. ¡Qué tristes los ojos vacíos de esperanza! “¡Hay que ser valiente!”, gritan voces tangenciales, pero no hay valientes frente al dolor de las ausencias. Huele a tierra mojada. [REDACTED]

¡Pobre madre mía!; quedará irreconocible. Quise serlo todo, tomar el tren de la vida y dirigirlo hacia la gloria, atravesar las estaciones provincianas sin detenerme, haciendo bramar mi locomotora, aumentando mi velocidad al paso por los andenes atestados de admiradores de mis altos destinos. ¡Pero no es la vida la que me expulsa, la que me ha traído a estos carriles! Es Laura, mi querida Laura en el umbral de la muerte, pálida flor que se agota en su inconsciencia, mas ya no hay tiempo suficiente para concluir ningún argumento. Debo centrarme en ella, en sus ojos cuando vea aparecer la locomotora, en los de mi madre, en los de Rubén. Yo también cruzaré la frontera, y lo haré con la fuerza que da la cobardía de los suicidas. Cuatro minutos para el final, sesenta segundos por cuatro. Estoy nervioso y tengo miedo, cada vez más miedo, terror. Creo que siento la vibración en el carril. Se me acelera el corazón, y no he rezado. El espanto debe de andar dibujándose en mi cara. Hay que respirar profundamente, sosegar. ¿Cómo me vestirá mi madre? [REDACTED]

La voz de un niño me llega desde algún punto lejano, a mi espalda. Si pudiera desatarme..., si Dios lo permitiera y mis manos quedaran libres para huir... ¿Lo

haría? ¿Y empezar de nuevo? ¿Dónde entonces la belleza de la vida? ¿Dónde mi amor al mundo si no lo pierdo? ¿Dónde la belleza del dolor? Volver a vivir sería seguir muriendo, seguir con la presión de la angustia, empezar a arrastrar los ojos vacíos de esperanza. Volver a vivir y entrar en la ciudad camino del hospital. Desatarme y besar los labios secos de Laura, un cadáver que me acuchillará con cada uno de sus recuerdos, que se llevará todo el aire que necesitan mis pulmones. Vivir y enfrentarme al pecho gastado de mi madre, a los ojos de desahucio de Rubén. Volvería a soportar el nudo de mi alma y a tocar uno a uno los colores grises de todo lo que se me acerca y que ahora brilla con furia en mi mente de suicida. Volver a vivir y sentir el vacío existencial, la soledad del camino que han de recorrer los pasos de mi cuerpo errante. [REDACTED]

¡Pobre madre mía! ¡Pobre Rubén! ¡Pobres cosas mías! Seré una nota en el periódico, y mientras es se fabrica, mientras los primeros datos se van acumulando para el informe provisional, mi querido Rubén esperará mirándose el reloj que Laura le compró por su cumpleaños, mis sobrinos seguirán viendo los dibujos animados mientras toman la merienda, y algún amigo se perderá en la barra del Blue Sky. Seguirán fluyendo deseos y frustraciones en tanto la ciudad enciende descuidadamente las primeras luces. Todo va quedando lejos, apartándose de mí. Hasta las chicharras han callado. Ahora se oye el fragor de la calorina, el cuchicheo de las cosas entre sí. Dentro de dos minutos y medio se habrá pasado mi página y otros personajes de la Historia seguirán formando parte de los nuevos renglones escritos en mi ausencia. [REDACTED]

¡Qué trazado tan recto el de los carriles hasta la curva del fondo! Fue Garrapiz quien nos enseñó las distintas perspectivas en dibujo técnico, los puntos de fuga, los 45°, la perspectiva caballera... Puntos de fuga, pero no se refería a esto. ¿A qué

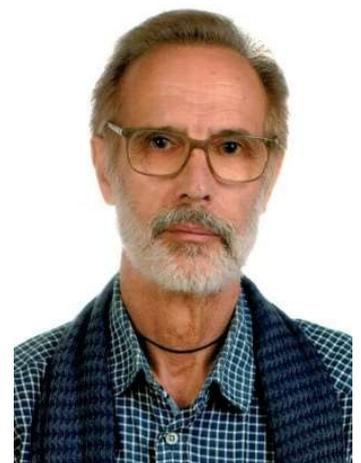
velocidad crecerá la locomotora según se acerque por la perspectiva "garrapizniana"? No habrá tiempo para medirla en ningún parámetro. Crecerá y crecerá, elevándose como Dios, como un dios terrible sobre una criatura infame. Debo rezar... Apenas queda tiempo de completar los tres Avemarías. ¡Dios mío, creo que ya vibran los carriles!; nada al fondo aún. Rubén a punto de llegar a Príncipe Pío. Mirará a todas partes tratando de encontrar a su padre, el ceño algo fruncido, los hombros caídos, los autobuses amontonados en el intercambiador, la gente corriendo hacia ellos como si fueran naves que parten de un mundo que se extingue. Laura paseará con sus labios tersos y los ojos dulces por los andenes de amanecida de nuestro ayer: deseos colgados de marquesinas, relojes grandes de horas detenidas. Allí estará con su maleta, huérfana ahora de los cinco dedos de mi mano, pendiente de mi voz llamándole desde el otro extremo del andén, confundidas las ruedas de la 2060 con las de los carros de la cena llegando a las plantas del hospital. Cuántos viajes con Laura, cuántos sentimientos atrapados en los compartimentos, su cabeza apoyada contra mi hombro, mis ojos ilusionados al contemplar su sueño. Lejos ahora el sol entrando por la ventanilla y rozando nuestras caras, la tibia mano de un Dios que nos amaba y nos dejó dibujar largos caminos de esperanza, multitud de estaciones donde asomarnos sin bajar, cientos de cantinas con olores rancios y pastelillos sobre la barra. ¡Dios! Un minuto escaso y mi pensamiento se habrá borrado, perdiéndose mis recuerdos sin dejar rastro. El beso frío, los ojos de mi madre, la noticia a Rubén...

El corazón se ha disparado. Ya no hay tiempo para el infarto; demasiado tarde. Aprietan los grilletos en las muñecas; es posible que esté intentando escapar: es el miedo. Seguro que los suicidas mueren nada más arrepentirse de su vuelo mortal. No quiero morir, pero ahora sí, ahí está. Lo

siento. El mundo comienza a vibrar. La existencia se agranda. ¡Dios! Sudo, apenas veo. Me escuecen los ojos, pero tengo que mirar, verlo venir. Ahora no puedo llorar; deben encontrarme sereno. Ya lo siento, los dos carriles, anda cerca, a punto de tomar la curva. Me duele la cabeza, huele a jabón, sí a jabón. Es el olor de mi padre. ¿Estás ahí? Vienen a buscarme los muertos, y tú también, tío, y la abuela, y Laura, ¡Laura ha partido! Voy a estar contigo. Rubén, querido Rubén, no me esperes esta tarde; mamá ha muerto.

Ahí está. ¡Valor! Vuelve a lloviznar. Laura, cariño, ya estoy a punto. Viene, viene... Se alza sobre mí su sombra. Brama, está bramando la locomotora, chirrían las ruedas contra el carril, pero no hay espacio: brama, ¡brama! Dos respiraciones más, quizá tres, la boca abierta. Me he orinado; la ropa, el ultraje. Crece, crece. Me hace señas con el cuerpo por fuera de la ventanilla. ¡Voy a cruzar, voy a cruzar! Laura ya no está en el umbral. Sé que sus ojos también han muerto, que ya es aire sobre mi muerte, sombra junto a las sombras que ya me arropan. ¿Velocidad? Es imposible evitarlo; sudo. La voz del niño grita detrás de mí; no se le borrará la imagen. Llega, cien metros. No dejan de chirriar las cuchillas sobre estas espadas. Mejor cerrar los ojos, que venga, ¡que venga!, ¡¡que venga!! ¡Señor, perdóname! ¡Laura, mamá, Rubén... mi pequeño...! ¡No grites, por favor, no grites... deja de gr

Alberto **Fernández**
González



EL RINCÓN DE CRISTIANE



REFLEXIONES (ETAPA)

Me estoy volviendo mayor (me queda menos tiempo por vivir de lo que he vivido), con mis zapatillas de andar por casa, y mi ropa usada, gastada y cómoda, tengo el mismo cinturón desde hace 30 años.

Las arrugas se hacen nobles y las cicatrices del alma son de oro y el pelo ya encanecido por el paso del tiempo, soy un señor para los jóvenes.

La experiencia vivida, los trabajos, los viajes, las parejas, la soledad, el itinerario de la existencia, en parte elegida. Quiero seguir sintiéndome útil, de alguna forma, en mi pequeño espacio cotidiano, mi refugio es la lectura, escuchar música y escribir y pasear por parques y jardines. Quiero seguir evolucionando y aprendiendo cosas nuevas. Ser (La Esencia) y Estar (Elegir).

¿Qué puedo hacer por ti sin olvidar al yo?, esa es la actitud, todo lo haremos mucho mejor (nuestra mejor versión), poner de nuestra parte para que así sea. Tiempos futuros, tiempos de esperanza, poner nuestro granito de arena en un mundo que se desmorona, aportar lo bello, lo armonioso y lo positivo.

Llevar la teoría a la práctica, hacerlo presente en el día a día.

Y hacer el ritual de la felicidad: “Levantarse temprano, visualiza tu día, quíete mucho, come sano y variado, persigue tus sueños, medita a diario y escucha música, crea hábitos saludables, rodéate de tus seres queridos, sonrío, cree en ti, aprende algo nuevo, da, recibe y agradece, haz lo que

amas y ama lo que haces, celebra tus logros.”.

Encendamos el interruptor de un día perfecto, llevamos las herramientas en la mochila, sean felices por favor, es gratis. Nos adaptaremos a lo que venga con asombro y sorpresa, con entusiasmo y curiosidad y aceptación, ¿cómo interpretamos la realidad?

Se pierde todo en el olvido, como la maleza y la vegetación tapa una antigua construcción, con zarzas y ortigas, la vida sigue, sigue su curso en nuevas generaciones, no seremos recordados y eso da lo mismo,

vivimos nuestro lugar, lo que teníamos que vivir, no hay más...

Cada mañana nacemos de nuevo. Lo que hacemos hoy es lo que más importa.

Antonio Leire

Creencias

Homenaje al filósofo Max Stirner

Cuestioné las creencias
y entendí las urgencias
que motivan a la gente
a aferrarse mentalmente.

Sin poder ver la luz
he transportado la cruz
que arrastra todo creyente,
cargándose inútilmente.

El limitarme a creer
en lo que otros han dicho,
ha sido un oscuro nicho
al que me quise meter.

Para, luego, acceder
a otro nivel de respuestas,
con creencias autoimpuestas
desde dentro de mi ser.

Son creencias igualmente,
son ideas, son fantasmas,

creaciones de la mente
brotando de sus miasmas.

Mas su función esencial
nos sirve para ocultar
la carencia de respuestas
y el vacío existencial.



Virginia Garay

ME FUI, ME IRÉ

Me fui muy lejos,
muy lejos de mí mismo
y al volver quedó un viejo
cerca, muy cerca del abismo.

Quiero recordar como era
ese joven entusiasta y crítico,
lanzado en un intenso camino,
devorado por una ciega quimera.

De todo ello poco es lo que queda:
sólo lo que amé locamente
con el fuego de un corazón unánime
para un viento que todo se lleva.

Y aquí estoy, aun de pie y enamorado
más de la vida que fue
que del tiempo insulso que ha quedado.
He empezado a llorar un ayer.

Camino lento, como un borracho;
recuerdo mis días bien contento
y todo se lo lleva el viento.
¿Dónde estarás ahora, muchacho?

Me fui muy lejos,
muy lejos de mi mismo
y al volver quedó un viejo
cerca, muy cerca del abismo.

DANIEL COLLADO AZORÍN

Madrid

Ese día... esa pena

Había una vez...
un hombre y una mujer
Un día que amanece
y manos que amparan
Ella dijo "tengo nostalgias..."
Él dijo "...de ti"
Y la noche se hizo mañana
(la mañana nunca muere)
Y un mundo de pequeñas palabras
susurros, caricias y ternura
en las que creyeron
y un mundo
que se hizo mañana
mañana que de pronto muere
Esa pena que trepa y queda
pegada...
¿Tú o yo?
¿Quién castiga?
¿Quién cae?
Ese día que llegó como un rayo...
(yo esperé tanto...
¿tú no pudiste esperar una
semana, dos días, una noche?)
Esa tristeza que comparto con mis
lágrimas...
Ese día... esa pena.

**José Manuel
Fernández Santana**

Poemas

7

El déjà vu le abre mis piernas
a un extraño
al que trasviste de ti.
Conoce mi hambre de ciclos,
sabe de mi ordenada locura
y de mi vocación por romperme
los dientes
al martillar piedras con la boca.

1

Muero un poco más cada sábado
cuando la falsa ambrosía
anestesia al hueso buitre de Adán.
Dios salve a las discípulas de Prometeo
que, para comer, antes son devoradas.

Con la práctica,
el llanto se hace trino,
eutanasia de un Fénix
polar.

2

Las prostitutas somos Cristo.
Cristo poniendo la otra mejilla,

en subasta,
llevado al escarnio
—abuchean—.

Un halo de moscas circuncida tu sexo,
en las noches te llamas Salomé.
Cuídate de los que un tu útero lavan sus
manos

y muere desnuda en el bondage de la cruz,
sin pasaporte al cielo.

9

Me gustan los días grises,
los cielos a punto de llorar

o de escupirnos.
Las casas lamidas,
los charcos con los pelos de punta,
los origami como aletas de tiburón
que dejan los niños en el contén
a fin de protegerse...

Amelia Apolinario

(Mayabeque, Cuba, 1997)

Visite la web del editor
escritordaniel.es

La Galería

Daniel Molina Ruffini



Saltar el charco

Desde un banco cercano, en los bordes de la plaza, observa cómo juega su hijo. Es un nene perfecto: los rulos dorados, la naricita respingada, los ojos como dos uvitas; no se parece a ella, tan simplona, tan de nariz ganchuda, tan de pelo desteñido y ojos dormidos.

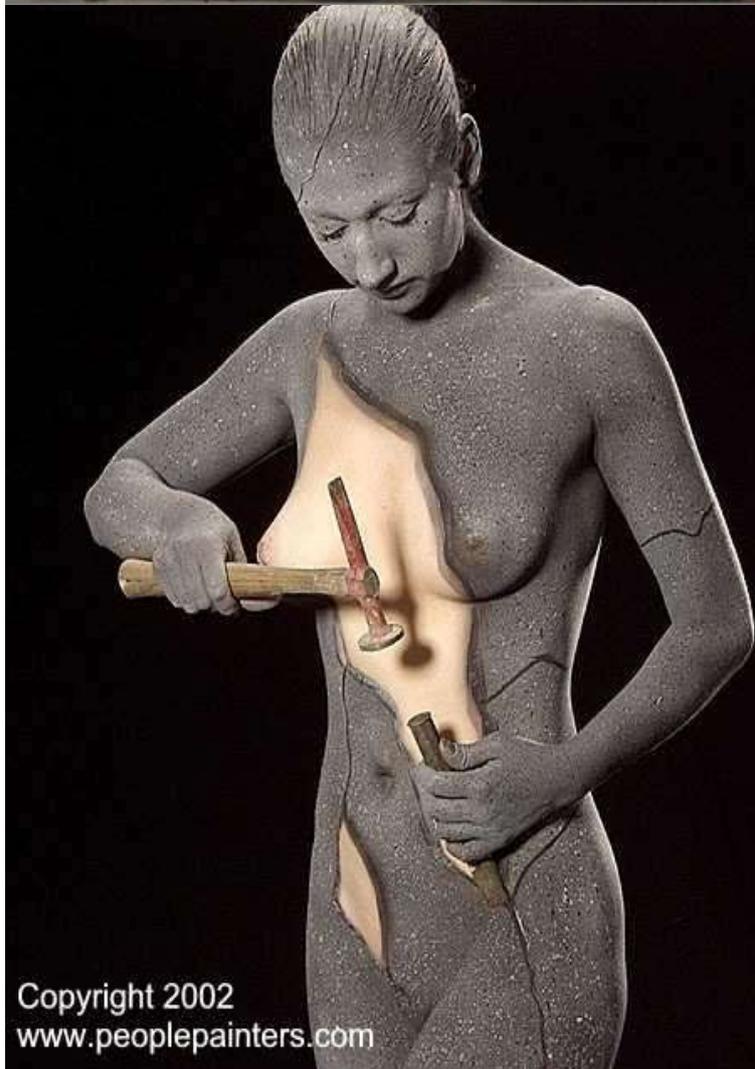
En cambio su hijo rebalsa de vida, de ganas, de curiosidad. Todo le llama la atención, un gusano, un pájaro, un cachorro o unas gotas de lluvia sobre la cara de su madre. Pasa otro nene con un monopatín y su hijo lo sigue. El otro es más grande y no lo espera, no le

interesa jugar con él. Se queda un rato mirándolo atónito, no debe entender porqué alguien no querría jugar. Después ve que está al borde de la vereda, sobre el cordón; se agacha y toca el charco de agua que cubre la calle de adoquines. Su madre dice que tiene la ropa celeste y limpia, no vaya a ser que se caiga al agua con barro, por eso levanta para traerlo unos metros más adentro de la plaza. Bueno, tampoco sería para tanto, y él seguro se mataría de risa. Lo imagina cayéndose al charco y chapoteando en el agua; puede escuchar las carcajadas, que se van apagando. Lo imagina de nuevo, se cae al charco y desaparece.

Ella desconfía de lo que ve; espera un momento que su hijo aparezca de nuevo, pero no. Se acerca despacio, las piernas no pueden sostenerla, se asoma despacio sobre el charco hasta que ve lo que no quería ver: su propio rostro. Se arroja de rodillas y trata de meter las manos en el agua, pero el charco no tiene más de dos centímetros de profundidad. Su hijo no puede haberse hundido ahí. Mira hacia los lados, hacia atrás, debe ser una confusión, o una broma, seguro está escondido detrás de una planta o de un juego. No, está segura de lo que vio, bajó el cordón de la vereda, trastabilló y cayó de boca en el charco. Tenía que estar ahí. Quizás está debajo, atrapado en el agua, puede verla y trata de llamarla, pero el líquido amortigua los gritos, y ella mira el charco sin verlo, y él apoya sus manitos, casi de bebé, debajo de las de ella y después se rinde. Algo lo lleva hacia abajo. Se hunde viendo como su madre lastima sus manos contra los adoquines tratando de quitarlos y meterse dentro del charco. Ella se mira las uñas sangrantes, ¿cómo iba a explicar esto? Sin embargo nadie podría encontrar el cuerpo, y la gente se juntaría a hacer marchas y el comisario la agarraría del cuello para que diga que hizo con su hijo. ¿Cómo ella podría hacerle daño a ese nene? Si era hermoso, lo más lindo que le pasó en la vida, en esa vida parka de mujer sola, que se sienta el domingo en la plaza, a ver jugar a su hijo y que de pronto se levanta, lo toma de la mano y casi arrastrando, se lo lleva de ahí.

Marcos Aimar

PÁGINA 30 Visto en redes



EL SUFRIMIENTO DE LA MOSCA

Daniel

Montserrat era una vecinita que vivía pegado a mi casa. Sus padres recién llegados de España se habían mudado allí cuando teníamos cuatro años y las familias nos llevábamos bien. Ella era bajita, esmirriada, de tez morocha, ojos saltones y pelo largo renegrido y muy enrulado. Hicimos la primaria en la misma escuela y sus crueles compañeritos de grado, sin gastar un dedo de imaginación, la empezaron a llamar “la Mosca”

—Hola ¿Cómo anda hoy la Mosca Gallega?

—No me llamo Mosca ni soy gallega. soy Montserrat y catalana de Barcelona, contestaba gruñendo.

—Mosca ¿me prestás una hoja de carpeta?

—Si me la pedís a Montserrat, te la presto, sino no.

—Dale, Mosca. No te enojés boluda.

—No. Jodete por pelotudo.

Y así era a diario. Hasta la seño —que la llamaba siempre por su nombre— cuando no estaba presente y hablaba de ella con nosotros le decía, sonriendo levemente, “la Mosca”. Para colmo de casualidades en los juegos y en Educación Física era la más rápida de todos. Le caía tan bien el apodo que en un momento hasta yo llegué a pensar si en un antepasado suyo no había intervenido alguna mosca.

Terminaba el último año de clases. A veces volvíamos juntos de la escuela al mediodía y durante las cinco cuadras caminando casi no hablaba, o a si la agarraba regular de ánimo me contestaba con monosílabos; siempre seria, pero ahora la notaba marcadamente triste. Entonces la crucé y le pregunté:

—¿Qué te pasa Monse que estás así?

Y se puso a llorar.

—No aguanto más cómo me tratan. No les tolero más esas cargadas, me hacen sufrir mucho. Me quiero ir de esta Argentina de mierda y si no me dejan me voy a matar.

Me acerqué, le di un beso en la boca y me rechazó con un empujón.

Al poco tiempo, desgraciadamente un auto la atropelló y la mató a la salida de la escuela. Dicen los que la vieron tendida en la calle que no había nada de sangre. Solo un líquido negro y oscuro derramado al costado de su cuerpo.

Las falsas verdades (Poema para ser cantado)

Dicen que dicen,
que no hay sitio para el
inmigrante,
mientras aquí los congresos
repletos de corruptos y farsantes.

Dicen que dicen,
que nos roban y provocan
desastres,
mientras aquí el gran empresario
no se paga ni sus trajes.

Dicen que dicen,
en su tierra se las apañen,
mientras aquí negociamos
con sus dictadores y su sangre.

Dicen que dicen,
que nos traen enfermedades,
mientras aquí el fascismo
es ya una infección incurable.

Dicen que dicen,
su miseria es inevitable,
mientras coronas e iglesias
disfrutan de fortunas
incalculables.

Dicen que dicen,
de todo mal son los culpables,
yo digo que quien lo dice,
no es más que un cobarde.

Quizás ellos nos saben,
que de la opresión nace el coraje,
que no existen los muros
que resistan la fuerza del
hambre,
y que a sus falsas verdades,
corazones rebeldes combaten.

Dicen que dicen,
pues hagamos que se callen.

Hector García



